

63. Retenciones



Vamos con el tercer paso necesario para la conversión a una Pastoral misionera. El P. Cristo Rey apoyado en el Papa Francisco advierte que lo que frena la disposición a “salir” es la *comodidad* que lleva a encerrarse en si mismo. “*Eso no es más que un lento suicidio*” (EG.272). Se buscan excusas en los fracasos. No se ve resultados porque la gente no quiere comprometerse. Nuestro teólogo hace una denuncia, quizá demasiado fuerte, al hacer el retrato de algunas comunidades: “*El excesivo cuidado de nosotros mismos y de lo nuestro está haciendo surgir un tipo de comunidad apática, insensible a los nuevos proyectos... En no pocos lugares la vida consagrada –incluyendo también a los jóvenes y de media edad- se está convirtiendo en un conjunto residencial donde cada uno hace su vida, ocupa su tiempo en su trabajo y en sus diversiones particulares, donde se renuncia a la creatividad y a la audacia, a la creación de equipos audaces, donde sólo interesa la supervivencia.*”

Creo que esta andanada se puede aplicar “*mutatis mutandis*” (cambiando lo que haya que cambiar) a las Parroquias, a los grupos, a los movimientos. A todos los cristianos se dirige el Papa cuando no quiere una Iglesia que se protege. Prefiere “*una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la **comodidad** de aferrarse a las propias seguridades.*” (EG.49)

Se da con frecuencia también la comodidad evangelizadora que denunció el Siervo de Dios Monseñor

Fulton Seheen con frase feliz: “*El Señor nos mandó ser pescadores de hombres y nosotros nos hemos convertido en propietarios de peceras.*” Y todavía veo una comodidad mayor en los que se creen evangelizadores cuando logran pescar en una pecera para llevar al pececito de color a su propia pecera.

La acedia

Además de la comodidad, el Papa detecta un vicio paralizante que ataca a los evangelizadores: *La acedia*, uno de los vicios que superaban los monjes antiguos. Es descrita la acedia como “*un descontento crónico que seca el alma*”(EG.277). Es una actitud egoísta y paralizante (EG.81), que produce un cansancio tenso, pesado, insatisfecho, no aceptado porque no acepta el ritmo de la vida y no tolera la contradicción, el fracaso, la crítica, la cruz.(EG.82).

La acedia se vence con reconocer que sólo se podrá elevar la vida mediante el esfuerzo consciente y una determinada determinación que pide la primera doctora de la Iglesia. Pero ¿qué es el esfuerzo?. La RAE, lo define: “*Empleo enérgico del vigor o actividad del ánimo, para conseguir una cosa venciendo dificultades. Empleo de elementos costosos en la consecución de algún fin.*”

El psicopedagogo Bernabé Tierno propone cinco pasos para organizar y asegurar el éxito en el esfuerzo:

1. Decidir con absoluta claridad que es lo que se pretende conseguir y especificarlo por escrito.
2. Comprometerse seriamente y estar dispuesto a emprender la acción de inmediato, con arreglo a un plan bien diseñado en todos los aspectos claves.
3. Pasar a la acción sin dilaciones, sin pensárselo más.
4. Evaluar periódicamente lo que funciona y lo que no y en qué medida y a qué ritmo nos acercamos al objetivo.
5. Hacer los cambios necesarios y persistir, día a día, con tesón inquebrantable hasta el final.

Está claro que la acción más pequeña, vale más que la intención más grande. Es lo que quiere decir el Papa Francisco a los que llama “*habriqueistas*”. O sea, siempre ‘*habría que hacer*’, pero nunca hacen.

No puede el evangelizador, si sospecha que aparecen en su vida rasgos de acedia, dejar de atacar ese virus en su vida. Nuestro teólogo ayuda a captar estos rasgos: “*Las persona atacada por la acedia (laicos y sacerdotes) están obsesionados por preservar ‘su tiempo’. No están dispuestas a perder el tiempo y, por eso, para nada se puede contar con ellas. Revisten su vida de un gris pragmatismo. Se apegan a una ‘tristeza dulzona, sin esperanza’, que es el ‘elixir del demonio’*”(EG.83). *La acedia vuelve a los evangelizadores, ‘pesimistas, quejosos y desencantados’* (EG.85). *La acedia genera desiertos espirituales, ambientes áridos...*

Quien tiene el virus de la acedia manifiesta un vacío interior y una inquietud y desasosiego, que le lleva a desear el cambio, a buscar compensaciones: ¡cambiar de casa, de trabajo, de amistades, de instituto religioso, de matrimonio o abandonar la propia vocación!...En el fondo, se trata de una persona que no se aguanta a sí misma y, por eso se evade... La acedia de los evangelizadores bloquea todos los procesos de misión. La acedia tiene una gran toxicidad: produce disgusto, aversión, tedio relajación, abatimiento, estupor hasta la torpeza...inestabilidad del cuerpo y del espíritu, adición a la

pornografía. Esta muerte del deseo, resulta muy grave cuando afecta a quienes tenemos la misión evangelizadora como vocación.”

La mundanidad.

Otro de los males que frenan y dificultan el despegue correcto es la mundanidad. Consiste en “buscar, en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana y el bienestar personal, en cuidar las apariencias. (EG. 93) Y aquí el Papa aprieta fuerte en la llaga. Invito a leer despacio los números 93 al 101. Me debo limitar a citar algunos fragmentos que me parecen muy apropiados a nuestro entorno: “*Esta mundanidad puede alimentarse especialmente de dos maneras profundamente emparentadas... Una fe encerrada en el subjetivismo, donde sólo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos que supuestamente reconfortan e iluminan, pero en definitiva el sujeto queda clausurado en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos. La otra es el neopelagianismo autorreferencial y prometeico de quienes en el fondo sólo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser fieles a cierto estilo católico propio del pasado. Es una supuesta seguridad doctrinal o disciplinaria que da lugar a un elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar lo que se hace es analizar y clasificar a los demás, y en lugar de facilitar el acceso a la gracia se gastan las energías en controlar” (EG 94).*

Por fin señala el Papa otro rasgo de mundanidad, cuando exhorta a que no haya guerra entre nosotros. Por protagonismos, por ‘carrerismo’ . “ *La mundanidad en la Iglesia lleva algunos cristianos a estar en guerra con otros cristianos que se interponen en su búsqueda de poder, prestigio o seguridad económica...Más que pertenecer a la Iglesia toda, en su rica diversidad, pertenecen a tal o cual grupo que se siente diferente o especial”(E.G.98) “Por ello me duele tanto comprobar como en algunas comunidades cristianas, y aún entre personas consagradas, consentimos diversas formas de... divisiones... difamaciones... celos... ¿A quién vamos a evangelizar con esos comportamientos?(EG. 100)*

Tres serios obstáculos que hay que superar y vencer para poder despegar y dirigir la nave al puerto deseado. El fervor apostólico, la misión y la fuerza misionera, salvarán a los grupos cristianos y a la vida consagrada lo que supondrá fuerte atractivo entre los coetáneos. Aunque los desafíos son muchos no hay que perder la alegría y la audacia. “*No nos dejemos robar la fuerza misionera.” (EG. 109)*

Alfredo María Pérez Oliver, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/63-retenciones